

Culo de gallina

MICRORROTURAS / 2

JOSÉ ÁNGEL BARRUECO

Culo de gallina

[Download Luis XIV]



**EDICIONES
LA UÑA ROTA**

Vivo con dolor.

House, M. D.

*La enfermedad es el lado nocturno
de la vida, una ciudadanía más cara.*

Susan Sontag

*Eran pocos los que
no temblaban ante Luis XIV.*

[...]

*Era cortés, quizás el rey más
verdaderamente cortés que
haya existido.*

Nancy Mitford

*Nada en el mundo
es tan malo
como el dolor físico.
Ante eso no hay héroes.*

George Orwell

*Los grandes hombres,
aun cuando caminen por
senderos poco comprensibles,
siempre serán objeto
de la curiosidad general.*

Thomas De Quincey

*Nuestra alma inmortal necesita
del retrete para pensar bien.*

Voltaire

*y a medida que avancemos
dando tumbos y a trompicones,
bien ríase usted conmigo,
o bien hágalo usted de mí,
o, en suma, haga lo que prefiera,
pero no pierda usted nunca el humor.*

Laurence Sterne

I

Su majestad Luis XIV de Borbón, El Rey Sol, Luis el Grande, Luis Diosdado o Luis Deodato, Regalo de Dios, Rey de Francia y de Navarra, Virrey del Todopoderoso, hijo de Luis XIII y de Anne de Austria, monarca absolutista, capricho de hombres y de mujeres, vanidoso y egocéntrico, azote lujurioso de alcobas y blablablá, pero relegado a la vida íntima desde su maridaje con Madame de Maintenon, despertó aquel fatídico 15 de enero con un abisal dolor en sus posaderas reales¹.

Contaba a la sazón cuarenta y siete años, edad en la que, sin duda, a un hombre ya le afloran algunas mechass blancas en el escroto y se ha afeitado el suficiente número de veces como para gruñir ante las bromas ligeras y tolerar los disgustos con temple.

1 Añadí lo de «abisal» con conocimiento de causa. Sé cuánto duele. Conozco las molestias iniciales. En este comienzo quise dar la medida entre la magnificencia (esos títulos y honores) y la realidad (daño anal y escozor de perineo). Los médicos notifican que del 15 de enero data el primer aviso.

El monarca padeció una especie de latigazo con alambre de espino en el ano al abrir los ojos. ¡Auch! Oh, oh. Molestias. Fuego. ¡Albricias! En realidad, era una víctima de sus apetitos letales: merced a sus abusos gastronómicos empezó el brete que inaugura nuestro verídico relato. Padecía entonces una complexión recia, fondona, grasosa, a causa de sus pantagruélicos banquetes, que iría ampliándose en años venideros.

S. M. se rascó esa colosal nariz que le otorgaba vigor, virilidad y arrogancia en los retratos, probóscide muy apropiada para su rictus de abuela hostil en algunas de las composiciones de Antoine Benoist y Hyacinthe Rigaud. Destrabó una ventosidad, inundando el dormitorio de una espesa fetidez².

Ocho de la mañana: principiaba el denominado Despertar del Rey³.

Un servil ayudante de cámara se aproximó al lecho: «Alteza, es la hora».

2 Lo admito: es una licencia. Pero, dadas las circunstancias y la falta de recato, no me sorprendería.

3 Lo que sigue en las próximas líneas está documentado tras espigar varias biografías y textos recogidos de la red. Es un ritual exquisito y ejercido al milímetro.

Fieles al ceremonial, algunos cortesanos y príncipes de sangre entraron en la alcoba, al trote ligero [creemos]. Su excelencia sintió otro azote inesperado en el recto al tratar de incorporarse, pero lo guardó en secreto. Los asuntos anales pertenecían a un ámbito muy íntimo y no deseaba que le relacionasen con vulgares pecados de sodomía, tan de moda en la corte, tan aborrecidos por él mismo.

El Primer Gentilhombre de Cámara le suministró un libro de oraciones y una pila de agua bendita. Todos, la mirada baja y solemne, rezaron durante quince minutos.

Concluidas las plegarias saltó del tálamo, hombre de estatura exigua que se comía el mundo, y se puso la bata⁴. Cada paso dado, cada gesto, cada movimiento, suponían una pequeña molestia allá abajo, donde la espalda perdía su grácil nombre, en las regiones del perineo y del ano. Estoico, contuvo espasmos y disimuló respingos.

Un cortesano en la flor de la mansedumbre se le aproximó y expuso, con excesiva coba y no menos ceremonia: «Sire, sois el rey más grande del univer-

4 Luis XIV era chiquito. Y megalómano. Imaginemos esa grandeza encerrada en un cuerpo diminuto.

so; todo el universo se gloriará de pensar como vos tan pronto como hayáis hablado»⁵.

Un simulacro de esclavo le tendió una toalla para que se restregara las manos en ella. Decían que estaba impregnada de espíritu divino y toda la hostia.

Un príncipe le alcanzó la camisa: tome, amado amo [licencia].

Otros sirvientes le proporcionaron el resto del vestuario. El Primer Gentilhombre le ayudó a embutirse en la manga derecha. El Maestro del Guardarropa Real hizo lo propio con la izquierda. Siguieron los pantalones, que el segundo mortal le ayudó a ponerse. Zapatos con tacones altos, finamente elaborados por su zapatero Nicholas Lesage, peluca de cabello natural y demás afeites fueron adheridos a su cuerpo, con pulcritud y devoción. La etiqueta exigía que cada persona elegida le diera una prenda.

Una vez vestido, con hechuras de bello pavo altanero, entraron en sus aposentos otros cortesanos y cobistas, éstos menos favorecidos por Su Majestad,

5 Abundaban los pelotas a su alrededor. Esa frase no me la he inventado.

que no les permitía asistir a la salida de la cama ni a los ritos de la toalla y la vestimenta⁶.

Instalado en un sillón, procedieron a afeitarlo y a peinarle la cabellera postiza. En el cuarto comparecían unas cuarenta personas en el papel de testigos: babeando, ojimelosos, presas de arrebatos y delirios reprimidos, los anos tan prietos que no les entraría un piñón por dichos conductos. La corte miraba, extasiada. ¿Erecciones y sofocos? Maybe, my friend. Como si celebraran un orgasmo monárquico y colectivo⁷.

El rey se dirigió a la sala contigua a la alcoba para tomar un copioso desayuno, cuyas delicias había probado previamente un siervo para prevenir envenenamientos⁸.

6 Regía un orden estricto en el protocolo. Imagínense en su pellejo: salen de la cama y una tropa de admiradores observa con embeleso sus preparativos.

7 También imagino qué hubiera ocurrido de suceder todo esto en la actualidad. ¿Tendría el Rey Sol un perfil de Facebook? Fantaseo con un cortesano adulator que escribe, vía dispositivo móvil (iPad o iPhone), el siguiente mensaje: «Su Majestad acaba de levantarse del lecho». Y los *likes* y los comentarios pertinentes de fans, amigos y admiradores. «Hazte fan de Luis XIV». Me gusta, etcétera.

8 Habitual en los que rigen el mundo.



Más tarde, bien desayunado, ñam ñam, y atravesando la Galería de los Espejos, se dirigió a la capilla, a oír misa de diez y media: la devoción no admite excusas.

A continuación procedió a despachar con sus ministros. El año anterior había revocado el edicto de Nantes con el edicto de Fontainebleau y soportaba numerosos quebraderos de mollera a cuenta de ese decreto. En su gabinete, mientras tiroteaba órdenes y resolvía asuntos, se distrajo por culpa de aquel re-

punte anal para el que no encontraba explicación⁹.
Rey culirroto y molesto.

Más tarde, decidió quejarse a sus médicos durante el correspondiente examen de salud. Preguntémonos: ¿cómo explicaban entonces la sensación de un mordisco en el ojete sin parecer hombres soeces o señores sodomitas?

Corría el año de 1686¹⁰.

9 Al menos le concedemos su gran capacidad para el trabajo. Añadamos que el edicto de Fontainebleau establecía que la religión católica era la única legal, mandato que supuso la represión de los hugonotes.

10 Para la descripción de los aposentos y demás cuestiones de escenario me serví, entre otras fuentes, de la biografía escrita por Nancy Mitford: *El Rey Sol. Luis XIV en Versalles*. En las anotaciones del diario (*Journal de la Santé du Roi Louis XIV de l'année 1647 a l'année 1711*, de Antoine d' Vallot, Antoine d' Aquin y Guy Crescent Fagon) cuentan que, a finales del año precedente, 1685, el monarca gozaba de buena salud.